

AJUSTICIADO Y VIVO

Juan Carlos Fernández Menes (Diario de León, 14-IV-2017)

Hoy es Viernes Santo. La cruz cristiana conduce a la gloria, porque es signo del amor vivificante de Dios. La sangre derramada expresa el supremo valor de la vida. El núcleo de este día es la contemplación y adoración del Hombre-Dios crucificado “para nuestra salvación”, que es estímulo para ser fieles a la Vida. Hoy adorar la Cruz y participar en la Eucaristía nos llevan a comulgar en Cristo que es identificarnos con Él para ser para ser vida para los demás. No es un hecho del pasado; Cristo sufre y muere en muchos hermanos víctimas del egoísmo humano. Nosotros con Cristo estaremos dispuestos a hacer crecer el madero de la esperanza, del consuelo, de la solidaridad, de la vida que no acaba. En la Cruz de Cristo, símbolo del amor más desinteresado, está la puerta abierta para el triunfo de la Vida.

Efectivamente, la vida llega a su triunfo el Domingo de Resurrección: es la primavera de la creación, el lugar donde enmudecen todas las penúltimas palabras llenas de oscuridad, violencia y muerte. La Resurrección no es un mito de muchas de las culturas que consagran el ciclo de ciclo de vida-muerte-vida, ni una “historieta piadosa” para consolar a los pusilánimes, ni un hecho histórico que se pierde en el pasado sin vigencia alguna para el día de hoy. La Resurrección de Jesús se presenta como un acontecimiento que sucede una sola vez y, por lo tanto, una vez por todas: El que murió bajo Poncio Pilato, éste y no otro, es el Señor resucitado de entre los muertos. Jesús vive ya para siempre y no vuelve a morir. Nuestra alegría consiste en que lo más profundo de nuestra persona, lo más íntimo, ese reducto que nadie ni nada puede llenar satisfactoriamente, se ha encontrado con Dios mismo. Y este encuentro tiñe toda nuestra vida, nuestra relación con los demás, y la ofrecemos, pobrementemente, pero con inmensa confianza a todos los hombres y a todas las situaciones. El Domingo de Resurrección es un día del que debemos, como nunca, hablar desde nuestra fe. La Pascua es una llamada a aquello que tenemos en común. Esa soledad última, esa pregunta que nadie sacia, esa inquietud, si se quiere, que no nos deja descansar, esa búsqueda de sentido, ese anhelo por el bien en cualquiera de sus formas, esa razón que buscamos al dolor, al envejecimiento, al impulso por vivir dignamente... a esto nos convoca la Pascua. La resurrección de Cristo ha vencido los poderes demoníacos que hay en el fondo de nuestro ser: esos desalientos y agresividades, esa búsqueda de lo inmediato y de lo egoísta, esa maldición de tener que morir. Esto es la Pascua. Que sea feliz y lo sea para todos.